

pero que gracias a ellos iba viviendo. «Para llevar vida completamente poética, no hay como hacer números de cuando en cuando —esto es una indirecta»¹⁷.

El deseo apremiante que sentían Juan Ramón y sus amigos de crear y comunicar inmediatamente sus creaciones en forma escrita contrastaba con la pobreza de la industria editorial de aquellos años en los que el negocio estaba, como hemos dicho, en mano de los libreros, que actuaban como distribuidores o como simples saldistas. Los autores se sentían satisfechos con ver sus obras publicadas y, en general, no esperaban ninguna regalía o retribución por su trabajo. Incluso con frecuencia financiaban los gastos de edición de su bolsillo particular.

El panorama, por lo que se refiere a las publicaciones periódicas, tampoco era favorable. Eran muy numerosas, más de mil trescientas ¹⁸, pero estaban descapitalizadas y su tirada era muy corta, como su vida, más que por falta de lectores, aunque no eran muchos en teoría, o por falta de buenos autores, que los había especialmente entre los jóvenes, por mala administración.

Quitada *La España moderna*, editada por Lázaro Galdiano, y *La Lectura*, no había ninguna revista importante, exceptuadas las gráficas (*Blanco y Negro* y *Nuevo Mundo*), y algunas eruditas, como la de *Historia y Literatura* que dirigía Rafael Altamira, la de *Archivos y Bibliotecas*, a cuyo frente estaba Menéndez Pelayo, o las religiosas *La ciudad de Dios* o *Razón y Fe*.

Juan Ramón, durante su estancia en Francia, tuvo ocasión de leer el *Mercure de France*, y, al regresar a España, pensó en la creación de una revista similar, bien presentada, de 150 páginas mensuales, con secciones dedicadas a los cuatro principales géneros literarios (novela, poesía, teatro, epistolarios), a las otras artes (música, escultura y pintura), a la filosofía y a la sociología y, finalmente, a la información y crítica bibliográficas. Sería el cauce natural de expresión de los jóvenes renovadores, que no encontraban comprensión no ya en el público, sino en los críticos y literatos que ocupaban las cumbres del parnaso español.

Convenció a cuatro amigos (Gregorio Martínez Sierra, Carlos Navarro Lamana, Pedro González Blanco y Ramón Pérez de Ayala), para que la costearan, cotizando a razón de cien pesetas mensuales cada uno ¹⁹. En carta a Rubén, anunciando estos propósitos y solicitando su colaboración, decía: «Nada de lucro; vamos a hacer una revista que sea alimento espiritual..., trabajaremos por el placer de trabajar»²⁰, idea esta última que, en principio, no convenció al poeta nicaragüense por lo que advirtió a Juan Ramón que él era un profesional de la pluma y que cobraba sus colaboraciones. Pero finalmente cedió a las insistencias de su joven amigo y ferviente admirador.

Helios ²¹, que es el nombre que recibió la revista, apareció en abril de 1903 impresa por Ambrosio Pérez y terminó en mayo de 1904 imprimiéndose, desde el mes de

¹⁷ RICARDO GULLÓN: *Relaciones amistosas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y los Martínez Sierra*. Estudio preliminar de... Puerto Rico, 1961, pág. 69. El estudio preliminar fue publicado después en *Direcciones del modernismo*. Madrid, 1963.

¹⁸ *Anuario estadístico*, 1912.

¹⁹ MARÍA MARTÍNEZ SIERRA: *Gregorio y yo*. México, 1953, pág. 162.

²⁰ *Cartas. Primera selección*, pág. 33.

²¹ DOMINGO PANIAGUA: *Revistas culturales contemporáneas I. 1897-1912*. Madrid, 1964, págs. 133-148.

enero, en el taller tipográfico de la Revista de Archivos. Su corta vida, a pesar de la ayuda que en el aspecto comercial recibió de la Editorial Salvat de Barcelona, con la que mantenía relaciones estrechas Martínez Sierra, se debe a que era una mera aventura intelectual y carecía de una organización o empresa responsable.

Los catorce números publicados constituyen tres volúmenes con casi 1.500 páginas, y son un reflejo de lo mejor de la actividad literaria de los años iniciales del siglo y especialmente del movimiento modernista. «Se distingue por su medida», dice Guillermo de Torre, quien añade: «En *Helios* está ausente toda alusión al problema de España, que preocupaba a los noventaiochistas»²². No es sorprendente, pues Juan Ramón no lo sentía y estaba harto del 98: «A mí me da dolor de estómago solo de pensar que mi poesía tenga nada que ver con el consabido desastre». Se sentía diferente de los Baroja, Azorín, etc. «La generación a la que yo pertenezco... (los Machado, Villaespesa, Pérez de Ayala, Miró, Ortega), es otra, y tiene una predominante estética»²³. Además de los fundadores, en *Helios* colaboraron, entre otros escritores, los hermanos Álvarez Quintero, los Machado, Benavente, Azorín, Unamuno, Salvador Rueda, Enrique de Mesa, Cejador, Pardo Bazán, Valera y Ganivet (cartas a Navarro Ledesma), y el joven José Ortega y Gasset, que firmaba con el seudónimo Rubín de Cendoya.

La presentación era sobria, pero elegante. Amplios márgenes, viñetas alargadas que ocupan prácticamente toda la caja, encabezando los artículos y otras estrechas, a veces, cerrándolos para huir del blanco excesivo. Un elemento muy característico son los rectángulos de dos o tres líneas que forman el título y el nombre del autor al comienzo de los artículos y que se consiguen intercalando signos topográficos o gruesos puntos.

Esta segunda estancia madrileña duró tres años largos, desde el invierno de 1901 hasta principios de 1905, y en ella estuvo bajo la vigilancia del doctor Simarro, primero en el Sanatorio del Rosario, como hemos visto, después en la propia casa del doctor, que se había quedado viudo. El trato de Simarro fue muy importante para su formación intelectual. No sólo le facilitó la lectura y el conocimiento de libros extranjeros, ingleses y alemanes principalmente (Simarro tenía una gran biblioteca privada), sino que le puso en contacto con la Institución Libre de Enseñanza. Las atractivas y amables personalidades de Francisco Giner de los Ríos y de Manuel Bartolomé Cossío influyeron poderosamente sobre él, configuraron su carácter (aristocrática sencillez), y le permitieron ingresar en el grupo selecto de intelectuales que se desarrollaron alrededor de la institución.

Los años que a continuación Juan Ramón pasó en Moguer (1905-1912), fueron años creadores, entre otras obras escribió *Platero*, aunque terminaron proporcionándole grandes dolores y tristezas al ver cómo los bancos subastaban el patrimonio paterno. Por otro lado no había, según comunicaba en una carta al propio Gregorio, en el pequeño pueblo «ni una persona —ni una—, que se interese por cosas de arte»²⁴. Durante estos años, escribió mucho y publicó impresas en la Tipografía de la Revista

²² GUILLERMO DE TORRE: «*Helios*», en *Del 98 al Barroco*. Madrid, 1969, págs. 70 y 62.

²³ *Cartas. Primera selección*, págs. 284-285.

²⁴ *Ibid.*, pág. 111.

de Archivos y Bibliotecas, varias obras: *Elegías I. Elegías puras* (1908). *Elegías II. Elegías intermedias* (1909). *Olvidanzas I. Las hojas verdes* (1909). *Elegías III. Elegías lamentables* (1910). *Baladas de primavera* (1910). *La soledad sonora* (1911). *Poemas mágicos y dolientes* (1911), y *Melancolía* (1912). Es muy probable que todas estas ediciones se hicieran por mediación de Martínez Sierra, al que Juan Ramón le daba, en sus cartas, poderes para estipular las condiciones editoriales, pues venía ocupando el puesto de mentor de Juan Ramón en el mundo literario como antes lo había sido Villaespesa.

La falta de ambiente y la distancia facilitaron la relación epistolar entre el poeta y el matrimonio y sirvió para hacer más profunda la mutua amistad. Gregorio le llamaba en las cartas con frecuencia «queridísimo» y María, llena de maternal ternura, a veces, Juan Ramoncito. Este, pensando en la vuelta a Madrid, llegó a imaginar que su nueva familia podían ser los Martínez Sierra. Entregaría a María los 40 duros mensuales que le quedarían de renta durante unos años, tras la liquidación del patrimonio familiar, a cambio de dos habitaciones, alcoba y sala de trabajo más la comida que harían juntos. Así se lograría el milagro del trato diario y de la independencia mutua ²⁵. Todo siempre y cuando la casa estuviera cerca de una casa de socorro, pues le seguía atormentando la aparición de una dolencia rápida y mortal. Fue un muchacho sensitivo y quedó muy impresionado por la muerte repentina de su padre a causa de una embolia cerebral. Juan Ramón dormía y le despertaron sobresaltándole los gritos de las hermanas ²⁶. «La ruina de mi casa acentúa nuevamente mi enfermedad... La preocupación de la muerte me lleva de las casas de socorro a las de los médicos, de las clínicas a los laboratorios ²⁷.»

Una de las empresas editoriales de Martínez Sierra fue la creación de la revista *Renacimiento*, similar a *Helios*, aunque su modelo fuera *Vers et prose*, que apareció en marzo de 1907, gracias al mecenazgo de un caballero, no literato, que vivía en Londres, y que estaba dispuesto a sufragar todos los gastos, excepto el pago a los autores, durante dos años. Para evitar la mala administración de los literatos, entre los que naturalmente se incluía Martínez Sierra, el mecenas exigió que se hiciera cargo de ella un técnico, el jefe de la sección española de la casa Garnier de París. Al comunicar a Juan Ramón estas felices nuevas, le instaba a volver a Madrid, donde precisaba su colaboración para sacar adelante la empresa, que sería la imposición definitiva «de nuestro lirismo» ²⁸. En otra carta, María de la O pedía su opinión sobre el tamaño, color y disposición de las letras para la cubierta ²⁹. El formato de la revista era similar al de *Helios*; la composición más sobria; no llevaba ninguna viñeta, ni se jugaba con la tipografía en los encabezamientos de los artículos. Se imprimió en la Tipografía de la Revista de Archivos.

Más fortuna tuvo Martínez Sierra en 1910 al ser nombrado director literario de una nueva editorial, V. Prieto ³⁰ y Cía., que heredó el nombre de la revista,

²⁵ *Ibid.*, pág. 110.

²⁶ *Conversaciones*, pág. 58.

²⁷ JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: «Habla el poeta», en *Renacimiento*, núm V, julio 1907, pág. 424.

²⁸ *Relaciones*, pág. 46.

²⁹ *Ibid.*, pág. 48.

³⁰ *Ibid.*, pág. 50.